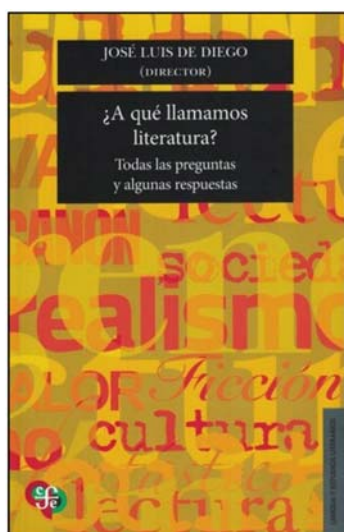

SOBRE *¿A QUÉ LLAMAMOS LITERATURA?* *TODAS LAS PREGUNTAS* *Y ALGUNAS RESPUESTAS,* DE JOSÉ LUIS DE DIEGO (DIR.)

Facundo Ruiz
Conicet
Universidad de Buenos Aires
nofacundosi@gmail.com



∞

¿A qué llamamos literatura? Todas las preguntas y algunas respuestas, José Luis de Diego (Dir.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2024; 459 pp.; ISBN: 978-987-719-466-1.

La literatura goza de buena salud pero no, se dice desde hace unas décadas, la o las disciplinas que se dedican a divulgar, desarrollar o discutir esa buena nueva. Y quizá hoy ni una cosa ni la otra sostengan diagnósticos tan claros (¿y no era un poco rara, ya entonces, tanta asepsia, aquella



agrimensura gentil del eso que tú haces / esto que yo estudio?). En todo caso, cierta arritmia entre estudios y prácticas ponía en evidencia una cuestión no sólo metodológica sino tecnológica: ¿qué *arte* (destreza, actividad, oficio) podía expresar adecuadamente ese vínculo, e incluso la desigualdad de sus elementos? El problema recorre *¿A qué llamamos literatura?* al punto de que, al haberse originado en pandemia y organizarse en torno a la reunión de clases escritas, parece casi subrayado desde el título: vínculos, desigualdades, estudios, prácticas. Pero no es aquella situación sanitaria ni la inmediata respuesta a ella de quien dirige el volumen (“resistente a adoptar estrategias docentes que no conocía, preferí recluirme en mi casa y preparar módulos temáticos escritos”, p. 11) lo que desluzca en buena parte el abordaje de dicho problema, sino más bien cierta resistencia a pensar lo que no se conoce (pero ocurre), la reclusión de una práctica en sus lugares habituales (pero irreconocibles) y una organización convencional de la reflexión pedagógica (y crítica).

Organizado en un prólogo y siete capítulos, cada uno titulado con una pregunta temática,¹ *¿A qué llamamos literatura?* se propone dirigirse a un público amplio, interesado en literatura, si bien no solo a aquel que ya posee estudios sistemáticos y, así, aborda una cuestión clave como es la relación entre literatura y sociedad, articulada aquí a través de la introducción a una serie de problemas propios y saberes específicos de una práctica y la difusión de un conocimiento que, cada vez más desarrollado en el marco del sistema científico y universitario, sigue siendo medular en la configuración –ejercicio, proyección y discusión– de nuestra cultura. En este sentido, y en este particular momento de la Argentina y del siglo XXI, en el cual la universidad y la ciencia públicas se prestigian internacionalmente pero se desfinancian sistemáticamente y la cultura, una vez más, vuelve a evidenciarse como el espacio neurálgico pero atomizado de la imaginación y la práctica políticas, la propuesta no puede ser más desafiante y necesaria. Porque la relación entre literatura y sociedad articula siempre, es decir: responde, la pregunta por lo común y la comunidad: cuáles y cómo, dónde y cuándo. Esa cuestión, la participación: quiénes y por qué. Y entonces ¿a qué llamamos literatura? dice también ¿a quiénes y por qué llamamos (a la) literatura?

Y la primera respuesta ya es elocuente: “Hace muchos años (...) me topé con un poemita de León Felipe que tuvo que ver, creo, con mi inclinación a la literatura y aun con mi formación en teoría literaria. Está en su primer libro, *Versos y oraciones de caminante*, fechado en 1920: Deshaced ese verso. / Quitadle los caireles de la rima, / el metro, la cadencia / y hasta la idea misma. / Aventad las palabras, / y si después queda algo todavía, / eso / será la poesía. El breve poema no nos dice, como otros tantos, que la poesía –la literatura en general– es un misterio asociado a lo inefable y a lo sublime, a lo inaccesible; más bien nos dice que es un *resto*. (...) sobre ese resto es menester reflexionar (...). Este libro acepta el reto, recorre ese camino” (p. 13-14). El gesto, el desafío es claro: el vínculo con la literatura, su relación con quienes se interesan por ella, la estudien o prefieran, no puede ser del orden del misterio o la mistificación, es necesario volverlo accesible, humano más que divino, comunicable. Pero la escenificación, en cambio, anticipa algo distinto, que se encontrará recurrentemente a lo largo de la obra. En primer lugar, un esencialismo –naturalmente– impreciso: la poesía, o la literatura en general, es lo que queda cuando se quitan sus *¿accidentes?* Pero ¿la poesía o la literatura, o es lo mismo? Y en cualquier caso, ¿cómo se accede a eso? Curiosamente, si bien la imprecisión conceptual y terminológica se mantiene (resultando en

¹ ¿A qué llamamos literatura? (pp. 15-68), ¿Cómo clasificamos las obras literarias? (pp. 69-116), ¿De qué modo la literatura representa otros mundos posibles? (pp. 117-174), ¿Cómo se valoran las obras literarias? (pp. 175-236), ¿Cómo leemos literatura? (pp. 237-296), ¿Cómo se integra la literatura (y los escritores) a la vida social? (pp. 297-358), ¿Cómo se relaciona la literatura con los conflictos culturales? (pp. 359-424).

afirmaciones ya poco justificadas, ya polémicas),² el estudio de la literatura (porque la poesía brilla de punta a punta por su ausencia, adornando algún rincón o comentario) se ocupa en varios capítulos de aspectos más variables o coyunturales, y en todo caso opuestos a lo sustantivo o esencial de aquel resto: el canon y la industria cultural, la historia del libro y las teorías de la lectura, la profesionalización y la tradición, los géneros literarios y las vanguardias.

En segundo lugar, un modo de leer, cuando menos, discutible o inestable: el problema no es decir “lo que dice y no dice” un poema, sino sostener esa lectura, proyectando en “eso que (digo que) dice un poema” un modo de leer, una idea de la lectura (de la poesía, de la literatura), una posibilidad de practicarla. Y el verso (“y si después queda algo todavía”) no es claro que esté diciendo que “un resto queda”, e incluso es posible que –con humor– esté afirmando lo contrario: ¿qué queda (qué estudio, qué leo) si al poema le saco la rima, el metro, la cadencia, la idea y las palabras? Vale decir, ¿cuán accesible, y no misteriosa (inefable y sublime), es la poesía sin rima, metro, cadencia, idea y palabras? La lectura parece prescindir del texto, como si la idea (la literatura es un resto) estuviera antes o, de todos modos, fuera a afirmarse más allá del texto (un poemita). Y este es el lugar que las novelas, cuentos, obras de teatro y películas tienen a lo largo de *¿A qué llamamos literatura?*: están ahí para ilustrar una idea (una teoría, un género, una corriente estética, una sub/disciplina). Esta función accesoria, vagamente ancilar y discutiblemente crítica –a través de la que se cuenta primero algo de la vida del/la autor/a, luego algo de su obra y luego, a través de la trama, se indica cómo tal novela (o cuento) ejemplifica o conviene con lo dicho– es llamada “reseña analítica”, descrita como “el comentario a través del argumento” y preferida “antes que generalidades interpretativas sobre las obras que uno encuentra en cualquier sitio de Internet” (p.422). Más allá de que también “[p]uede leerse en Internet” (p.330), aunque se considere ese cambio tecnológico de la lectura (y, cuando menos, de la contemporaneidad) “el imperio de ese magma espasmódico e intolerante al que llaman redes sociales” (p.391), también llama la atención la ¿estática, elitista, acrítica? concepción de la crítica, pues esas “generalidades interpretativas” no sólo no distan del muy frecuente “como todos sabemos”³ sino que tampoco dan cuenta del “no hay un verdadero sentido en los textos; las obras literarias son máquinas de producir sentidos y esos sentidos mutan, no significan lo mismo en una época que en otra, en una sociedad que en otra; el tiempo los va *resignificando*” (p. 231), que entre tanta “reseña analítica” atemporal suena a medio camino de un mantra y el bíblico haz lo que yo digo, no lo que yo hago.

² “si bien Aristóteles procura una descripción de las formas existentes en su época, el criterio del que deriva la jerarquización de los géneros en la *Poética* es ante todo moral” (p. 74); “En la teoría de Aristóteles, los ejes principales de la exposición se presentan como una tríada conceptual: la mimesis, la unidad de acción y la separación estricta de géneros y estilos.” (p. 102); “puedo hacer una lectura con perspectiva de género y analizar las representaciones literarias de la mujer en tal o cual género” (p. 232); “Los conceptos o categorías, sin entrar en demasiados detalles, son herramientas (...). La persistencia en el tiempo es la prueba de su eficiencia” (p. 223); “el prejuicio ideológico, identitario, obnubila el juicio estético” (p. 371); “*desde la cultura*, desde los estudios culturales, hacia la literatura tienden a acentuar las determinaciones culturales, a negar los procesos de mediación y a vulnerar, por fin, su autonomía” (p. 373); “lo primero que habría que afirmar es que, desde siempre, la literatura y la crítica literaria se han hecho cargo de los conflictos culturales” (p. 373).

³ “todos sabemos que Franzen es un escritor excepcional y Grisham un fabricante de *best sellers*” (p. 338) o “Todos sabemos que la cultura no se compra” (p. 194) o “Hubiera sido muy fácil aprovechar el impulso y escribir una especie de *Rayuela 2* o de *Cien años 2*, pero no: hicieron lo contrario. A nosotros, que pensamos desde la lógica del campo literario, nos parece una actitud digna” (p. 345).

Este modo de leer, finalmente, expone uno más regular o sistemático que va de lo general a lo particular, de la teoría al ejemplo ilustrativo (o “caso”) usando las botas de siete leguas del ayer (Platón, Horacio) como “hoy” (Baudelaire, Flaubert, Arlt), que es especialmente sintomático en la distinción sustancia-accidente para teoría (europea) y literatura (argentina). Porque, y en tercer lugar, el corpus de *¿A qué llamamos literatura?* no sólo pivotea –convencionalmente– entre teóricos europeos canónicos (Mukarovsky, Eagleton y Williams, Eco, Bourdieu y Aristóteles) y clásicos, o últimos best sellers, argentinos (José Hernández, Borges o Puig, Enríquez, Lamberti o Schwebelin) sino que reduce la literatura –nacionalmente– a los siglos XIX, XX y XXI. Amén de una –más que razonable– mención a la labor de Susana Zanetti y alguna referencia a Noé Jitrik (ambos argentinos), América Latina, su literatura y estudios, brilla –como la poesía– por su ausencia. No, no como la poesía, porque el lugar que el Congo (para hablar de Conrad) y en parte Sudáfrica (para reseñar más larga que analíticamente una novela de Coetzee) tienen, dando lugar al “caso” del “colonialismo y *apartheid*”, subraya la ausencia inmoderadamente. A cada mapa crítico, su geografía política; a cada política de la crítica, su mapa literario.

Por último, y en cuarto lugar, llama la atención –en la cita del poema de León Felipe– el uso de la primera persona. *¿A qué llamamos literatura?* está escrito por cuatro personas, docentes de Introducción a la Literatura en la Universidad Nacional de La Plata: Virginia Bonatto, Malena Botto, José Luis de Diego y Valeria Sager; y lo que escribe cada una, distinguido en “Autoría y autores” (pp. 437-439). Sin embargo, en seis o siete oportunidades (casi una por capítulo), ese plural del título –que pasa en buena medida al relato del libro– se tensiona con anécdotas o comentarios personales que, más que difuminar la perspectiva plural, la anclan en una distinta, la de “mi generación”, que “agobiada por las *ilusiones perdidas*”, resignada “al creciente vacío de utopías, al enfriamiento de la política” (p. 391), no representa adecuadamente –ni alienta– esa otra, “muy potente”, que “de modo muy consciente e incluso, en algunos casos, programático” anima renovadas “posiciones de escritor o de escritora” así como “decisiones editoriales y de mercado” (p. 387).